

Proyecto de escritura  
de la Fondazione Merz  
y la Scuola Holden de Turín



Con motivo de la exposición *Mario Merz. El tiempo es mudo* (11 de octubre de 2019 – 29 de marzo de 2020), el departamento de Educación de la Fondazione Merz ha iniciado un proyecto de colaboración con la Scuola Holden de Turín. El objetivo es que alumnos de ese centro puedan profundizar e interactuar creativamente con la obra del artista por medio de la escritura, aportando un valor añadido desde una óptica subjetiva.

La idea de dar una nueva lectura a las piezas que componen la colección de la Fondazione no es nueva. Anteriormente ya se había recurrido a la colaboración de figuras alejadas del mundo del arte contemporáneo, como historiadores, poetas o juristas, para complementar, con sus diferentes visiones, los catálogos de las exposiciones. En esta ocasión se ha querido ir más allá al implicar, en el proceso, a estudiantes ajenos a la práctica de la interpretación crítica e histórica que, no obstante, sí han realizado talleres especializados con artistas, como parte del programa de colaboración.

Para este fin, la Scuola Holden –centro dedicado a la enseñanza de la escritura, el cine y el periodismo, con una clara orientación hacia el impulso de los estudios humanistas–, dentro de su programa de formación de narradores, ha propuesto a sus alumnos la redacción de textos experimentales, no dirigidos, orientados a plasmar su propia interpretación de las obras. De un total de doce, tres han sido las narraciones seleccionadas por el profesorado para su publicación: aquellas pertenecientes a Rebecca Buselli, Davide Carnevale y Bianca Giacalone que aquí se reproducen.

Fondazione Merz

Luz 5

---

REBECCA BUSELLI

El caparazón en la escena de la noche del mundo 7

---

DAVIDE CARNEVALE

Cáscaras 10

---

BIANCA GIACALONE

# LUZ

REBECCA BUSELLI

---

Soy la parte del sol que se ha escapado del cielo.

Me he alejado de sus rayos, he agujereado la atmósfera y he dado vueltas entre astros, planetas enanos y sus satélites tambaleantes.

He recogido el polvo diseminado por el espacio y en el tedio del vuelo he dibujado constelaciones.

Al caer me he esparcido en millones de esquirlas, fulgores de oro que se apoyan en la tierra.

He recuperado el equilibrio sobre una rama, en el centro de una espiral de polen: he bailado con las esporas hasta que una brisa arrogante nos ha dispersado y me he visto reflejada en el cristal de una ventana que ha abierto una mano delicada. La misma brisa me ha empujado, me ha llevado a cruzar el umbral.

Me imagino que la gente se detiene, se sienta en grupo y acaricia la superficie de la mesa, y que alguno siente frío en las yemas mientras otros tratan de contar los elementos diseminados. Encuentran miel, frutos en equilibrio sobre la síntesis de arena y fuego: la cruzo, acompaño sus curvas mientras camino por el borde de ese cristal lunar, le regalo volumen y reflejo. Sin mí no podrían distinguir a uno de otro.

Hago perder estabilidad y solidez a los cuerpos, los guío en busca de un dinamismo más recóndito.

Concedo color a los materiales, lo que da origen a lienzos de técnica mixta. Veo hombres y sus reproducciones. Pasan a mi lado y mezclan lenguas y palabras. El pensamiento no tiene ni lugar ni tiempo.

Defino los límites del espacio en el que se mueven, los guío por el perímetro: y me vuelvo artificial allí donde la arquitectura no me permite llegar.

Traslado la atención del objeto en sí a la energía que emite.

Regalo polvo de mí misma que, embotellado en cilindros, ilumina la base de las estructuras, pequeñas reproducciones del mundo: en lo macro y en lo micro existen las mismas formas. Arranco el velo que os aleja de las cosas, soy la guía que permite conocer: la oscuridad se retira, basta una pequeña parte de mí para hacerla desaparecer.

Insinúo la necesidad matérica de rozar con la punta de los dedos los dibujos, les devuelvo su volumen, la voluntad de entrar en estos nidos para sentirse realmente en casa.

Creo el reflejo en las superficies, permito que ante vuestros ojos se revelen los objetos que tocáis: os concedo la finitud, el instante de tocarlos.

Corro por las mesas, me trasformo en agua, me confunden con polvo que se queda metido entre la cera y el aluminio. Hago fintas entre las series de dibujos, me detengo para iluminar las obras a las que no prestáis atención. Me deslizo entre montones de periódicos, me meto entre haces de granjas que, apretujadas, huelen a bosques lejanos. Juego al escondite entre las estructuras híbridas, con un equilibrio precario, unidas por la masilla y la buena voluntad. Me atrapas entre esquirlas de cristal y así, cansada, me entrego a tus manos.

Me deslizo por el interior de tubos luminosos, moldeados para comunicar señales reconocibles, números arábigos que descodifican el mundo en el que existimos. Vuelvo a ser energía, me disperso para convertirme en vida. De la partícula de estrella a síntesis de luz en continua evolución.

Me trasformo en las palabras que masticáis, en las palabras arrancadas de la boca de personajes y vueltas a moldear según un nuevo orden: soy vuestra segunda posibilidad.

Soy la energía que tratáis de atrapar en los paneles, rocío que se desliza por las hebras de hierba y que brilla al atravesarlo el primer rayo de sol. Soy la responsable de todos los fenómenos de física que nunca habéis entendido.

Ahora puedo contar historias mientras, aferrada a los tejidos, hablo con palabras que nacen de entrelazamientos, de curvas de grafías irregulares.

Puedo convertirme en secuencia ancestral para la comprensión del mundo, encaramarme luminiscente a los edificios, numerar comensales o explicar cómo a partir de dos individuos se formó toda la población. Llave secreta del conocimiento, me transformo en la fórmula a la que Fibonacci dio su nombre.

Sin embargo, de las mismas manos puede surgir un asta, lanza de luz: un eje orgánico y ordenado con el que agujerear los planos. Luminosos tubos de colores para agujerear materia apretujada entre los dedos de muchos, polvo encerrado en un nautilus de biologías deformes.

Hasta que también muera el neón y con un leve chisporroteo yo vuelva a ser una pizca de luz.

# EL CAPARAZÓN EN LA ESCENA DE LA NOCHE DEL MUNDO

---

DAVIDE CARNEVALE

Cuando la presa cede y deja de retenerlas, las corrientes internas del lago abandonan sus ocultos recorridos espiroidales y remedan vectores rectos. Devienen rectitud que se tensa con el avance hídrico, álgebra enfundada en la locura espumeante del agua y en la oscuridad magullada de una noche sin estrellas. Está todo negro y así se queda, mientras el lago se precipita en el valle, omnisciente en su volumen. En ninguna parte de la ciudad con la que va a toparse existe luz; hace años que las ventanas no resplandecen desde dentro. Toda arquitectura, en esa oscuridad, es una pared que aguarda con el polvo acumulado, alguna contraventana todavía colgada de uno de sus goznes, las heridas enlucidas de todo lo que ya ha caído al suelo por las calles. No cambia nada, ni siquiera el polvillo en vilo en los antepechos, hasta que se libera un ojo de aire entre la masa líquida al acecho y la pared: nada. Ni siquiera los mosquitos desdoblados en los espejos.

Luego, el olvido.

El hombre observa el barro: por todas partes, su banal epifanía de un marrón gelatinoso, perezosa y enfriada. Dentro quedan estancadas, aquí más enrarecidas y allí más crudas, las cosas que el agua ha exonerado en sus emplazamientos originales y dispersado en el despliegue de su imperio. Despuntan de forma incompleta. Una mitad hundida, la otra diurna. En estas, el hombre prosigue su patinaje intermitentemente. Cuanto más desciende por el valle, más tienen a su disposición las suelas. Intenta no sumergirse en el cieno en el que han acabado una mesa volcada o un radiador. Con los pies a resguardo, dedica el tiempo necesario a supervisar escrupulosamente los restos pulidos de los edificios: son revoques a los que el roce del agua ha privado de todo pormenor, sobre todo de lo que busca. Los pisos más próximos a la calle han quedado con las losas de los balcones arrancadas, con huellas de dos palmos de alto oscuras de cemento que no han llegado al día. Luego, con huesos de equilibrista, el hombre prosigue su peregrinaje suspendido. Vadea ese mundo acuático avanzando sobre los residuos de pasadas domesticidades como un soldadito de hojalata sobre el confeti sembrado por un desfile carnavalesco.

Vislumbra por fin un lugar prometedor. Es una amplia cuenca a la que afluye el valle. El hombre la comenta visualmente. El descarrilamiento del lago debe de haber concluido ahí su carrera. El agua ha entrado impetuosa, retorciéndose como la conquiolina en la cáscara de las gallinas cluecas. El agua sucia de las reliquias que ha robado en las ciudades. La tierra se la ha bebido, ha dejado los desechos sólidos. Se ubican prolíficos como la corriente los ha amontonado. Con una geometría que el hombre

surca atentamente, decidido a hallar lo que busca, mirando hacia abajo con las piernas paralelas, un polluelo que caza.

En cuanto los objetos sobre los que avanza se vuelven peceños debido a la oscuridad, el hombre deja de explorar. Avista una butaca y se apoya en los cojines empapados. Con los ojos cerrados oye el graznido del viento en las cosas. Si los abre, ve que las estrellas cubren de plata los perfiles superiores de esas cantidades exponenciales, cuajadas sin sintaxis en una estancia infinita recién asaltada.

Por la mañana avanza por los objetos enarenados en el limo. Tiene todavía la boca obstruida claustrofómicamente por el sueño y las piernas entumecidas por la butaca. El hombre busca, en vano.

En el momento en el que el aire se oscurece se encuentra un frigorífico menos mojado que lo demás. Lo abre, los estantes han desaparecido. Se acurruca en el interior. Tiene los sueños turbulentos de quien duerme en un lugar estrecho y duro.

Basta un atisbo del amanecer para despertarlo. Surge de su sarcófago de chapa y reemprende la búsqueda. Se acerca cada vez más al centro de la espiral. Cuando lo alcanza, el hombre descubre hierba. Se siente, toma conciencia de la parte de atrás de los muslos, que se le humedece. Mira a su alrededor. Los objetos se amontonan incoherentes como las lápidas de un cementerio sin tumbas. Ante sí, más allá de los márgenes de la cuenca, las torres de humo del campamento de sus compañeros.

Han avanzado, no tienen tiempo de mirar.

Lo ve semiescondido como una culebra, ve el canalón. Lo libera de todo lo que lo atrapa, tira de él arrastrándolo por encima de las demás cosas.

Llega hasta la hierba y se sienta junto al canalón retorcido; coge su mejor extremidad, la endereza, la apoya debajo de la axila y la mide estirando el brazo. La dobla donde terminan los dedos: aprieta hasta que el ángulo llega al máximo y la extremidad invertida toca la intacta. Entonces invierte el sentido del pliegue, agudizándolo con una goniometría equivalente. Sigue así hasta que el metal se desfibra por el pliegue y se desgarrá; el pedazo queda liberado. El hombre lo coge, se sube encima, lo aplana, vuelve a cogerlo y lo enrolla a lo largo. Obtiene un tubo de un brazo de largo. Dedicá lo que queda de la tarde a repetir la tarea, sentado, activando los engranajes mentales conectados a la reiteración de acciones elementales.



Pasa la noche encima de un billar sin patas. En un momento dado se despierta y tiene la impresión de que lo observan. Encima de un rectángulo de madera verde, en el ombligo de la cuenca. Vuelve a dormirse con la nariz en uno de los dos agujeros laterales. Sueña que acaba dentro, meloso, y que es un molusco con el billar como caparazón.

Por la mañana construye su araña. Recoge los tubos de su apatía supina y les confiere un orgullo vertical. Con correas y elementos saqueados de otros objetos los ata en nudos más macizos que el diámetro ordinario de los tubos producidos: se antojan rodillas de niños delgadísimos, articulaciones. Los une en cuatro arcos que combina entre sí en lo alto, en el cuerpo de la araña. Un cuerpo minúsculo y cóncavo sobre ocho patas espaciadas y esbeltas. Apoyadas sobre ocho libros de páginas albinas a las que el agua ha arrebatado la tinta.

Dentro de la araña introduce una fajina de piezas leñosas encontradas por los alrededores. Pedazos de muebles: estantes, puertecitas, repisas. De entre lo más seco que ha encontrado. Le prende fuego. La fajina es densa y las llamas alcanzan todas las patas. Las juntas sisean por el calor. Las articulaciones se derriten y con ello funden las unidades en grupo, los segmentos en miembros continuos. La pintura del canalón chisporrotea hasta despegarse de la superficie, se hincha, se separa: se deshoja al revés que los árboles en otoño, las llamas la hacen ascender. Los residuos oscuros de la muda se arremolinan por el aire, queda solo el exoesqueleto incandescente. Pasa el calor a los libros en los que se apoya, que se incendian para completar el deshojado de los pigmentos en las extremidades de las patas.

El cielo sigue oxidado de noche. Un ciervo macho se detiene y vuelve una cabeza de la que brotan cuernos, tan sinuosos que parecen doblarse como el papel. El animal ha notado un olor ambiguo y dirige hacia allí los ojos, dos esferas de negra resina brillante que residen en un pelo compacto.

Del canalón sigue brotando humo, es la pintura ardiente que queda dentro del tubo, y el humo sale únicamente por donde puede, por lo alto, del cruce de los cuatro arcos, del cuerpo. De allí sale perpendicularmente, plateado por la luna.

Lo que se ve brillar como ojos de gato en la mirada de ciervo es una enorme araña clara todavía pegada a su tela. Inmóvil, acaba de posarse tras haber terminado su descenso celeste. Hinchada en su reducida gramática fisiognómica carente de cuerpo, contiene la figura negra de un hombre sentado. Como al mediodía, una mano vertical con los dedos apoyados en una mesa blanquísima custodia su propia sombra.

# CÁSCARAS

---

BIANCA GIACALONE

Un huevo.

Lo veo ahí, está apoyado en una encimera de mármol gris y espera su devenir. Se balancea por encima de su propia sombra: un pequeño óvalo en movimiento sobre el paisaje oscuro y desolado, un vientre cálido de vida en mitad del estruendo metálico de los objetos de cocina. Me mira fijamente.

Un huevo. Lo cojo de la encimera y, mientras lo levanto, la forma de su sombra se agranda y se agudiza y se vuelve más clara. Un golpe seco y ya no es uno, sino dos. Luego desvela su ser y es incluso tres. Es dos cáscaras y un líquido que se extiende y se relaja y sabe que no va a nacer. Dos cáscaras en la encimera y un líquido entre ellas, un río transparente con un sol blando en el centro. Uno que se convierte en dos, dos que descubren un tercero. Dos cáscaras que se sostiene de pie, dos cáscaras como dos campanas solitarias a la expectativa. Dos campanas vaciadas que alguien ha apoyado en la encimera próximas, como dos casas.

Me gustaría entrar.

Sus paredes, sus ventanas de agujeritos, sus fisuras. Grietas palpitantes de vida: dos cáscaras que contienen la vida. Me gustaría quedarme ahí dentro un tiempo infinito. Quedarme entre ellas, darles la vuelta para descubrir su secreto, entre los arabescos de las hendiduras y las pecas apenas insinuadas. Tocar sus paredes y lamer su vientre. Liso. Húmedo. Tienen un regusto lejanísimo a tierra. De allí vienen y allí van. Me gustaría pisotear el lánguido río fértil y sumergirme en el sol estéril que no conocerá su futuro. Pero lo siento, en el fondo, siento el corazón del polluelo que habría podido ser. Siento, en el fondo, que me salen plumas y que quizá podría ser yo el eslabón perdido, pero eso no puede bastar.

Una cáscara. Yo la alejo del mármol frío y la deposito en el cálido vientre de la tierra, la cubro por completo, hasta no verla. Un funeral de vida.

Pierde su identidad. Se mezcla con la naturaleza y nutre la semilla, del mismo modo que ha protegido ese sol que no ha podido nacer. Pero llegará el día en que nacerá.

Una cáscara, lo veo, que se convierte en un brote verde y fecundo y se nutre de agua, de humores terrenales, de ríos subterráneos. Un brote que se expande y reverdece la desnuda tierra. Un brote que ahora puedo tocar, que se ha convertido en matorrales, que se ha convertido en árboles bajo los que resguardarme y sentir su vida.

Un brote que vive de la luz del sol y nutre a quien se le acerca, y que ahora se ha convertido en bosque. Y la vida se extiende por un espacio que ocupa un tiempo eterno, nunca inmóvil.

La siento.

En el terreno bajo los pies, en mitad de la intrincada arquitectura de las raíces. La cáscara. Que crece como un brote y se amasa en la boca salivosa de los animales. Con el tiempo ha ocupado su espacio y es un árbol, casa segura para pájaros y ardillas. Se insinúa en las venas de todo lo que me rodea.

Es la que alimenta la sangre palpitante de un cervatillo recién nacido, la fuerza que hace que se levante sobre las patas, la leche materna que lo nutre. Lo veo a contraluz construir con paciencia las imponentes astas del ciervo orgulloso; es la que se esconde en la respiración prolongada del lirón en letargo y en la energía del jabalí que corre entre los árboles; una cáscara con las orejas atentas de una liebre, que está en la vibración de las alas de los pájaros salvajes, en el temblor de la tierra sudorosa y pisoteada.

Una cáscara en el aullido de un lobo, depredador famélico que por la noche ha matado al ciervo, ahora está dentro de su garganta en el rojo candente del atardecer, que resuena en las paredes de su estómago en plena digestión, se dispersa por los humores vitales y vuelve a fertilizar semillas que crecen. De un germen nace un germen, de dos nacen tres y de cinco, ocho.

Y el fruto, que cae de los árboles y esparce sus semillas por el suelo, recrea la espiral de una vida que desde lo alto es un lienzo verde, rojo y amarillo de colores naturales, en el que las ramas, como tubos, se entrelazan, son tratos de lápiz continuos. Una cáscara que es un lienzo todo de colores.

Y entonces regresa al pico de la gallina que se come los brotes, la misma que lo ha concebido. Y en su alumbramiento puede volver a ser ella misma. Idéntica a una, dividida en tres, un devenir en la tierra o la gestación de un polluelo.

Aquí está, en mi mano, todavía entera, y de nuevo acabará apoyada en el mármol gris. Vuelve a tambalearse. Por ella fluye un torrente de semillas y de hojas secas, en ella está la tormenta del ser y del devenir, todo un arcoíris de nacimiento y muerte.

Pero por ahora es una sola.

Una cáscara de huevo en mi mano.

Una cáscara intacta.

MUSEO NACIONAL  
CENTRO DE ARTE  
REINA SOFIA

fondazione merz